

1980-1990: La década prodigiosa

RAFAEL L. BARDAJI,
Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

CUANDO se cruzó la frontera de los 70 a los 80, el mundo parecía tener ante sí un sombrío futuro: los soviéticos acababan de invadir Afganistán, la OTAN tomaba la decisión de dotarse de nuevos sistemas nucleares para negociar con los soviéticos, algo que sería percibido muy negativamente por las opiniones públicas europeas, y la nueva derecha norteamericana, más firme y más dura, sucedía en Washington al dialogante pero decrepito Jimmy Carter. Quizá ningún otro comienzo de década se haya vivido con tanto descontento y temor público. Películas como *El día después* o *Juegos de Guerra* —con todo su morboso regusto simplista del holocausto nuclear— no eran sino la expresión plástica de los gritos de los manifestantes que recorrían las calles de las capitales occidentales demandando la desnuclearización, el desarme y el desmantelamiento de los bloques. La angustia nuclear llevó incluso a que el famoso reloj del *Bulletin of Atomic Scientists* situara en tres minutos la distancia a la destrucción asegurada.

Ese era el negro clima de eso que se llamó la "segunda guerra fría", esto es, un clima de enfrentamiento ideológico exacerbado, una falta de entendimiento diplomático entre los grandes y una creciente complicación militar entre los bloques.

Sorprendentemente, el final de esta década y el cruce a los 90 se caracterizan por una sensación absolutamente distinta,

de tranquilidad, entusiasmo y, casi casi, de victoria: la URSS se reforma bajo el liderazgo de Gorbachov, los países del Este parecen que van a volver a ser esa Centroeuropa que se perdió bajo los tanques del Ejército Rojo tras 1945, el diálogo entre los grandes promete reducciones drásticas de sus arsenales, y la transformación de la OTAN y del Pacto de Varsovia resulta inevitable. Parecería —como una escuela de pensamiento optimista se empeña en defender— que todo el riesgo ha pasado ya, que el comunismo está inexorablemente condenado a desaparecer y que el liberalismo puede llegar a ser, de verdad, universal. Y con ello, el final de la confrontación y de las guerras. La paz perpetua que en su día inspirara al filósofo Emmanuel Kant.

Tal vez llegue a ser así, es todavía pronto, no obstante, para cantar victoria. Las incertidumbres que pesan sobre la evolución en el este son enormes; los problemas occidentales tampoco livianos. Ojalá los 90 nos trajeran una evolución tan benigna y prometedor. Por ahora sólo podemos reconocer la combinación de factores que nos han llevado al punto histórico y estratégico en que nos encontramos.

Ronald Reagan: la negociación desde la fuerza

Cuando Ronald Reagan llegó a la presidencia de los EEUU lo hizo con el convencimiento de que, cualquier indicador que se tomase, la tendencia estratégica

situaría a la URSS en una posición dominante si los EEUU no emprendían un programa de reconstrucción moral, política y militar, radical y profundo. En primer lugar, se trataba de volver creíble una disuasión muy erosionada por la evolución del arsenal estratégico y convencional soviético. Así, por ejemplo, se emprendió un programa de modernización de toda la tríada nuclear americana, se aprobó el programa de los misiles intercontinentales MX *peacekeeper*, de una gran precisión, de múltiples cabezas muy mejoradas y, en teoría, al montarse sobre raíles, con una alta tasa de supervivencia; igualmente se harían operativos los entonces nuevos —tras múltiples cancelaciones y sucesivas puestas en marcha— bombarderos estratégicos B1b, así como se iniciaría el desarrollo del B2 "invisible" o *stealth*; la NAVY mejoraría sus Trident con nuevas cabezas y con su sistema de posicionamiento orbital NAVSTAR; los tres servicios disfrutarían de los misiles de crucero, ya lanzados desde el suelo (GLCM), desde el aire (ALCM) o desde el mar (SLCM). Además, en el caso de que la disuasión fallase, los EEUU tendrían que dotarse de medios de C3I suficientes para prolongar un conflicto tanto como el enemigo quisiera, sin que eso afectase a su efectividad. De ahí el lanzamiento de la iniciativa estratégica de ordenadores.

En el plano convencional, la posibilidad de luchar una campaña prolongada en Europa, así como la necesidad de ser capaz de llegar a otras zonas de interés, plantearía la necesidad de mejorar dichas fuerzas. Cambios en doctrinas, como el *Airland Battle* del US Army, la introducción de los programas ET, una NAVY de 600 buques y la organización de una fuerza de despliegue rápido (RDF) reflejaban esa disposición a estar en condiciones de disuadir y

luchar ventajosamente, llegado el caso.

Se trataba, en suma, de volver a colocar a los EEUU en una posición de no inferioridad frente a la URSS, que impidiese a ésta proseguir en su práctica expansionista y agresiva. De ahí que la primera Administración Reagan desdeñase la política de control de armamento, que sólo era un obstáculo a sus planes y de la que sólo se beneficiarían los *soviets*. Sólo la firmeza y la fuerza harían que la URSS negociara seriamente y para eso

firma de un tratamiento con la URSS que revitalizará al presidente americano ante los anales de la historia; por último, las realidades económico-financieras de los EEUU, a mediados y finales de la década, volvían prácticamente imposible mantener el presupuesto de defensa en los niveles del 6% del PNB.

Ronald Reagan no podría ver realidad su proyecto de la SDI —que ha sido reducido tanto en su alcance como en su presupuesto— aunque si firmaría a bombo y platillo junto con

¿Seguirán los EEUU siendo los líderes indiscutibles del mundo occidental? ¿Podrán continuar con sus garantías y compromisos estratégicos? ¿Lo querrán? La cuestión se plantea en la desaparición de los americanos de Europa, su vuelco hacia otras partes del globo y su difuminación entre otros poderes económicos como Japón, la CE, y, tal vez, China. No obstante, el clima de paz y progresivo desarme hace que esa retirada se viva de una manera menos traumática, al menos en casa de sus aliados.



había que dotarse de ambas lo primero.

Ni que decir tiene que tal política provocó tanto críticas como temores. Por un lado se temía el drenaje de tanto gasto en defensa, por otro, la posibilidad de la lucha. Sin embargo, con la segunda Administración Reagan, tanto críticos como pacifistas irían acallando su malestar. En parte porque la política del presidente se volvió errática y extravagante. En primer lugar, del apuntalamiento de la disuasión nuclear se pasó a renegar de la misma y al intento de escapar de ella que era el sueño de la SDI o, más popularmente, *guerra de las galaxias*; en segundo lugar, del rechazo del control de armas se pasó a la búsqueda ávida de la

Gorbachov el acuerdo de Washington de eliminación de las INF, en diciembre de 1987, más allá de toda consideración estratégica y viniendo a complicar, así, la estabilidad aliada. De todas formas, sentaría las bases del nuevo entendimiento con Moscú, cuyo heredero en la Casa Blanca, George Bush, sigue manteniendo aunque de una manera menos apasionada y visceral que el último Ronald Reagan.

Al final de la década hay una especie de satisfacción en los EEUU; en estos años se ha hecho lo que se debía y ahora se recojen los frutos. Sobre todo si se habla de la contención de la URSS. Pero si los ojos miran a la situación económica del país, las tesis del declive de las superpotencias saltan a la palestra.

Gorbachov: virtud de la necesidad

Así como uno de los acontecimientos más importantes de comienzos de este siglo fue la toma del poder en 1917 por los bolcheviques comandados por Lenin y la consiguiente transformación revolucionaria de la Rusia zarista en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, es indiscutible que los intentos del actual dirigente soviético, Mijail Gorbachov, por modificar las estructuras políticas, económicas y sociales de su país pueden hacer de su liderazgo uno de los fenómenos políticos más relevantes no sólo de esta década sino también de nuestro final de siglo.

Con sólo cuatro años al frente del kremlin, Gorbachov ha conseguido crearse una fama, una imagen, así como desarrollar unas expectativas nunca antes conocidas a propósito de ningún otro líder soviético. Ha puesto en marcha un proceso de regeneración moral de la sociedad soviética a través del que se ha dado a luz a ilusiones y esperanzas para los ciudadanos y a los pueblos de la URSS; ha abierto un nuevo entendimiento entre las superpotencias que alberga las promesas de una relación diferente, más relajada y descargada de amenazas a la estabilidad; ha iniciado un diálogo más directo con los europeos generando un gran entu-

siasmo entre los gobernantes occidentales y, muy especialmente, en sus opiniones públicas; en fin, parece dispuesto a relajar el fuerte control que Moscú ha ejercido sobre los llamados países del Este, permitiendo evoluciones que avanzan hacia una progresiva liberalización de esos países, si no a su descomunización formal, como parece presentarse el futuro de Polonia, Hungría, Checoslovaquia y, en menor medida, la RDA.

Y lo más curioso es que lo ha conseguido explotando sus debilidades de una manera más que inteligente. La URSS, en tanto que sociedad soviética, ha entrado en crisis y sin reforma no hay solución. Ni siquiera es seguro que sólo con una reforma pueda llegar a funcionar. Ahí está el fracaso permanente de la *perestroika* que contrasta con el éxito de la *glasnost*. Pero de expresión libre no se vive y Gorbachov tiene que acelerar y modernizar su aparato productivo si no quiere llegar al colapso social; por otro lado, la "transparencia" comienza a volverse contra el propio sistema, sobre todo en las nacionalidades que ya empiezan a rebelarse contra el férreo centralismo —nada democrático— que caracteriza al régimen de Moscú.

Con una diplomacia de un estilo bien distinto al de sus antecesores, Gorbachov ha vendido su purificación de la sociedad soviética de tal forma que no sólo ha llegado a ser el líder político más admirado (fuera de la URSS, dentro tiene demasiados problemas), sino que ha logrado una disposición benevolente y activa por parte occidental, una actividad de ayuda y socorro.

Mientras tanto, y aunque a nivel declaratorio, se estaba llevando a cabo una redefinición de las fuerzas soviéticas y del Pacto de Varsovia, formalmente en busca de una postura de fuerza distinta, guiada por una orientación de "defensa defensiva" y que contase no más que

con una "suficiencia razonable" en los medios, la realidad militar mantenía las viejas constantes de siempre: un desequilibrio militar en Centroeuropa que no dejaba de agrandarse en beneficio de la URSS; un gasto sostenido en tropas y material a pesar de la crisis económica; una puesta en servicio de nuevos sistemas de armas, cada día técnicamente más sofisticados; y un esfuerzo en la investigación y desarrollo (I+D) militar de enormes proporciones.

Sin embargo no es menos cierto que a lo largo de 1989 el Pacto de Varsovia ha dado muestras de una flexibilidad nunca antes vista, publicando por primera vez unos datos sobre sus fuerzas en Europa, a la vez que aceptando una negociación para reducir los arsenales convencionales en la Europa del Atlántico a los Urales. Igualmente se ha invitado a numerosos observadores para asistir a diversas maniobras de marcado carácter defensivo. Y, sin embargo, los analistas occidentales preocupados por los desarrollos del Pacto siguen reticentes a ver en estas modificaciones una alteración de las capacidades bélicas soviéticas. Una cosa son los números y otra muy distinta las opciones. Para muchos la URSS está en realidad reduciendo para aumentar su calidad, su movilidad, su logística, sin dejar, por ello, de mejorar el clima político con los países de la OTAN.

Aún reduciendo su presupuesto de defensa, sus hombres, sus equipos, Gorbachov puede volverse ante los generales y el pueblo y afirmar contento que él, en cuatro años, ha conseguido lo que nadie había conseguido antes, sin disparar un tiro y salvando dinero para otros menestres.

Europa: de la integración a la reunificación

Los años 80 han acercado a los países de la CE más que

nunca. La necesidad de dotarse de instrumentos y capacidades competitivas en el mercado mundial logró una revitalización de la Comunidad, una reforma que facilitaba un mayor entendimiento político y una puesta en común de la política exterior de los 12, al menos en algunos temas. Igualmente ha visto desarrollarse con un ímpetu inusitado el discurso de la defensa común. Desde 1984, la UEO ha jugado un importante rol en la toma de conciencia común en los temas de seguridad. Sin embargo, los acontecimientos en los países del Este han supuesto un severo frenazo al proceso de integración económico-política occidental, particularmente ante la posibilidad de una Alemania reunificada. Pero no sólo. Hay que saber qué hacer con los países del Este también. Las políticas exterior y de seguridad comunes son lo más fácil de sacrificar en este nuevo mapa político que emerge en el nuevo continente y en donde se quiere dar cabida a todo el mundo.

Un nuevo escenario

En fin, otros muchos factores han tenido su papel a lo largo de la década. Quizá el peso creciente de la opinión pública en los temas de defensa sea uno de los más relevantes. Sobre todo porque va a condicionar sobremedida la forma, y el contenido en especial de la OTAN, aunque posiblemente también del Pacto de Varsovia. La percepción creciente de que no existe amenaza posible, unida a las dificultades económicas y al descontento social, apuntan —si no se pone en marcha una buena política de educación en temas de seguridad— una creciente crítica a todo lo relacionado con las armas, el gasto de defensa y la defensa misma.

Posiblemente el reto de los 90 sea ese, hacer ver que las fuerzas armadas tienen su razón de ser. Y que la Alianza también. ■